

MAQUIAVELO: EL PODER QUE FUE Y NO PUDO SER

Por LUIS ARRILLAGA ALDAMA

¿Cuál es la deuda que tenemos contraída con Niccolo Machiavelli?; ¿por qué su obra es un patrimonio que generación tras generación vamos transmitiendo como un precioso e irritante legado que es preciso conocer, sopesar y profundizar?; ¿cuál puede ser el motivo de que historiadores, teóricos y politólogos hayan escudriñado a conciencia el fruto puro y hasta terrible de su creación?; ¿cuál es la secreta pasión que empuja a unos hacia el reconocimiento y la admiración y a otros a condenarlo y denigrarlo?; ¿quién que conozca el Poder se dejará resistir al imán del hombre libre de los prejuicios que el mismo Poder impone?

¿Pero no será todo, en definitiva, humo de pajas?; a la hora de la verdad, la de la clasificación y el grano de arena aportado por cada cual, ¿en qué consiste la contribución sustancial de Maquiavelo?, ¿no estará toda su fama basada en la imprecisión del lenguaje de la Política, un verdadero holocausto de la exactitud científica, no será todo un *bluff* apoyado en la inercia y el mito?

¿Es acaso el descubridor del Estado moderno, o cuando menos su anunciador?; ¿se debe su renombre al desprestigio alcanzado por la actividad política según críticas de fundamento «moral» o religioso? O más simplemente, ¿habría sido un caso relevante de patriotismo, el precursor aventajado de la unidad italiana?

Preguntas y más preguntas que se eternizan por los meandros de una obra plural y diversa, por los vericuetos, a veces no muy perfilados, del examen y la crítica política o erudita.

Vástago y protagonista de una época de cambios, Maquiavelo viene a ser, en cierto modo, el reflejo (algo forzado en el área del pensamiento po-

lítico) de las transformaciones estructurales que afectan a la vida social e institucional de su tiempo. El primer brote de lo que es conocido como organización-Estado ya ha surgido en extensas regiones del oeste europeo, y la delimitación del territorio «nacional» empieza a ser motivo prioritario de rencillas y conflictos en la afirmación política de aquél (1). A su vez, la crisis de la secular hegemonía político-espiritual se desencadena con violencia, resultando el imperio unitario del catolicismo romano profunda e irreversiblemente dañado.

En el centro de este cúmulo de agitaciones singulares, y al tiempo que los férreos esquemas de jerarquización política y social medievales sufrían el embate de los sectores sociales con mayor dinamismo, nuestro autor percibirá lo real desde un también extremadamente cambiante contexto: el de los avatares de su ciudad-Estado, Florencia (2). Este doble tentáculo, constituido por convulsiones de orden histórico y acontecimientos de la agitada vida local, abren, más que cierran, las puertas del personaje, del intérprete concreto afectado en su visión del mundo por éstos y aquéllos.

Su capacidad de percepción frente a tales retos, juzgada retrospectivamente y aun a costa de justificadas limitaciones, no deja de sorprendernos. Por su gran amplitud de miras, en lo particular orientadas hacia la voluntad y las relaciones de poder, Maquiavelo llega a formar parte, tangencialmente al menos, de aquel elenco de personalidades complejas y fecundísimas que dieron cuerpo y fueron savia de la eclosión cultural renacentista —sin la gracia ni el poder catártico que el arte conlleva, demostraría que el estudio del poder es igualmente apasionante—. Tangencialmente, sin embargo, no por haber descubierto las exigencias de toda lucha por el poder y los constreñimientos que lo fáctico impone al estadista (él no lo fue), como cuanto por haberlo hecho desde la subordinación y mediocridad de tareas políticas de gestión.

Y no sería esa su única dificultad; conforme a lo ya aludido, el contexto de crisis permanente que se vive en el ámbito político despierta la animadversión de algunos y la indiferencia de los más, cuando se afrontan, por la sociedad civil, situaciones arriesgadas que ponen en cuestión el espíritu desenfadado y antiheroico predominante en las capas elevadas de esa misma sociedad (3).

(1) Véase B. BADIE y P. BIRNBAUM, en *Sociologie de l'Etat*, París, 1979.

(2) Situada, por una parte, en el centro de la península, podría ser, sin embargo, vista al relativo margen respecto a las luchas que asolaban Italia. Entre la salida y la vuelta de los Medici, Florencia atraviesa las turbulencias del atrabiliario Savonarola, una nueva invasión francesa y la magistratura de P. Soderini.

(3) Tal como relataba P. MORELLI, «lo smodato amore di se stesso, sopra ogni

Ahí, precisamente, reside la grandeza impar de la obra maquiavélica: en haber logrado evitar, en buena medida, los múltiples condicionamientos de carácter particularista que gobernaban la vida social de aquel entonces, elevándose por encima de ellos mediante una descripción de la *realità effettuale* del hecho político, y en elaborar una relación de modos de hacer política sobrecargada de intencionalidad práctica.

Pero al mismo tiempo esta obra carece de los peculiares rasgos típicos de las creaciones que utilizan por método el razonamiento abstracto, de forma que, dentro del pensamiento político clásico, Maquiavelo se encuentra más cerca de los enfoques ajustados a lo «empírico» de Aristóteles o Montesquieu, que de la filosofía especulativa de Moro o Rousseau. Por el contrario, alejado de cualquier deductivismo, Maquiavelo demuestra, con su experiencia personal, la verdad existente en el adagio de que no hay mejor vía para alcanzar la universalidad que la de desbrozar, airear y poner al descubierto las raíces propias. Indirectamente, en este caso, por los vínculos presentes entre vida profesional y reflexión.

La motivación psicológica y humana que se halla en la raíz de la elaboración de *El Príncipe*, a saber, el requerimiento y la oferta de los servicios propios a los Medici, ha venido siendo aducida de modo repetido (4) como razón que invalidaría, o al menos proyectaría su larga sombra sobre la misma reflexión maquiavélica. Nada más lejos de un juicio acertado; es seguramente tal origen el que nos aproxima a un sustancial aprovechamiento de las capacidades descriptivas, analíticas y proyectivas de esta obra, por la muy sencilla razón de que tal aspiración habría de romper la capa de hielo que atenazaba la vida pública de aquella época: la presencia de una «verdad oficial», retórica e hipócrita, sostén y nube artificiosa ocultando sórdidas luchas de intereses puramente materiales.

Esa procedencia, si se permite considerarla como algo más que mero re-

altro affetto prevalendo, corrompeva e inaridiva, fine dalle loro prime radici, tutte le piú nobili virtù dell'animo, soffocava qualunque slancio generoso, e spegneva qualunque entusiasmo» (*Sul Principe del Machiavelli*, Cesena, 1879, pág. 97).

(4) Así, hay minusvaloración implícita en las apreciaciones de S. ANGLO (*Machiavelli: A Dissection*, Londres, 1969) y de C. H. CLOUGH («Yet Again Machiavelli's Prince», en *Annali dell'Istituto Universitario Orientale*, Milán, 1963). Igualmente en la sarcástica observación de Voltaire: «Un homme que, ayant été secrétaire d'ambassade, n'a pas eu le secret de se tirer de la misère, entend mal, à mon gré, la raison d'Etat» (cit. por G. MOUNIN: *Machiavel*, París, 1966, pág. 87). En todos estos autores, y en otros, existe la tendencia a juzgar de mayor importancia y a poner de relieve los supuestos motivos en un sentido intencional —cuestión a la postre accidental, por la dificultad de llevarla a buen término— que a examinar con cierta escrupulosidad el pensamiento expresado.

ferente biográfico cara a un juicio definitivo, enfatiza un aspecto personal que no debe ser obstáculo —y que sin duda no lo fue— para calibrar el valor intrínseco en que el esfuerzo de Maquiavelo se resuelve: la afirmación y desarrollo, en forma esquelética, de un campo de actividad social autónomo, es decir, funcionando conforme a causas propias, con su orden propio de «valores» y su dinámica, relativamente independientes. La concepción de la política como una actividad menor, subordinada y tantas veces confundida con la plasmación en lo civil-secular de planteamientos religiosos o morales, había sido y continuaba siendo moneda corriente de la visión cristianizada del mundo. Pues bien, imperceptiblemente, quizá, para sus coetáneos, Maquiavelo va a trastocar tal creencia al poner de relieve lo ilusorio de la misma, hablando sin ambages de la presencia de causas naturales y específicas para este tipo de actividad —en palabras de Croce, su mérito consiste, justamente, en haber descubierto «la necesidad y la autonomía de lo político» (5).

Mas la consabida distinción, comúnmente aplicada a los fenómenos sociales, entre un deber ser opuesto al ser mensurable, o entre aquello que es frente a lo que nos gustaría que fuera, no va a quedar aprisionada en la constatación empírica del suceso inmediato o en la del comportamiento del hombre público, ni reducida a la escueta narración de lo fáctico. La realidad política es también —y, quizá, en especial— un orden de cosas en permanente mutación, origen potencialmente creador de otros órdenes posibles. De donde la segunda aportación en el edificio primario de la originalidad de Maquiavelo, el descubrimiento de aquello que puede surgir de la realidad, de lo que se realizaría si voluntad política, medios y circunstancias coinciden y se complementan: es lo *posible*, el reconocimiento de aquello que puede ser (6).

¿Y cómo podría explicarse, desde un punto de vista epidérmico, exterior, la actitud de nuestro protagonista hacia el modo de trabajo burocrático, su ligazón anterior u otra hipotética con determinadas tareas administrativas, si no es como una relación instrumental y utilitariamente inducida, conociendo como conocemos la amarga reflexión que nos hace llegar al final de su vida —«hoy, la materia de mis versos será que los años pasados en servir son años perdidos, como cuando se siembra en la arena o en la ola»— (7)?

(5) B. CROCE: *Elementi di Politica*, Bari, 1965, pág. 60.

(6) Es en este sentido en el que M. Lerner apoda a Maquiavelo de «realista». Véase *Machiavelli: Cynic, Patriot or Political Scientist?*, Boston, 1960.

(7) «Capitolo de l'Ingratitudine», pág. 87, *Oeuvres Complètes*, París, 1952.

¿CUANTOS MAQUIAVELOS HAY?

De la oscuridad laboriosa del trabajo diplomático y de la serenidad estoica de su retiro en S. Casciano, Maquiavelo pasará, con su muerte, a ser un autor renombrado y discutido, de tal modo y con tal intensidad que no resulta temerario el afirmar su acceso al Olimpo de la fama política. Pero aquella fama sería, por una larga temporada, un tanto negativa; y generalmente será considerado como «el escritor perverso que ha demostrado en el breve tiempo de acción que tuvo, cómo podían practicarse las ideas sostenidas en el libro» —¡por supuesto, *El Príncipe!*— (8), despertando arranques temperamentales y pasiones envueltas en la crítica ácida del impropio y la descalificación gratuita. ¡Qué contraste con las lecturas meditadas, las reflexiones calladas, la difícil publicación y las mínimas audiencias!

De la pluralidad de versiones en que se concreta la ensayística interpretativa, la más extendida en el tiempo es la atribuible a personas con responsabilidades eclesiásticas, y, más en general, a las defensoras de las posiciones doctrinales del catolicismo —en 1559 toda la obra de Maquiavelo sería incluida en el Índice—. Es la que pone el énfasis en el carácter cínico y brutal de los consejos dados al gobernante para ponerlos en práctica con su acción de gobierno, aquella que genéricamente estipula la naturaleza inmoral de sus preceptos y juicios de conocimiento, la que repudia el individualismo del hombre de Estado y el enaltecimiento de la voluntad de dominio, aquella que señala, finalmente, lo inadmisibles de teorías que propugnen la no-supiditación del arte de gobernar a una realidad trascendente.

Dentro de esta corriente, la crítica correosa y desmedida que se ejerce sobre su figura parece curiosamente adolecer de cierta fijación en cuanto al contenido real de la obra. El cúmulo de panfletos, opúsculos y libros que salen a la luz sostienen una crítica feroz focalizada casi en exclusiva sobre *El Príncipe*. Tal vez tales comentaristas no prestaron en realidad atención ni dedicaron su tiempo al personaje Maquiavelo; si lo hubieran hecho, los resultados habrían sido muy otros. Pues si algo preciso puede decirse, a la vista del conjunto de su obra, es, estrictamente, que carece de una filosofía política coherente, que su creación se desparrama por las más diversas mate-

(8) O. FERRARA: *Maquiavelo*, La Habana, 1928, pág. 5. Por descontado se habrá de admitir que no «demostraría» nada conforme a la significación que se pretende dar, pues difícilmente lo podía hacer un representante diplomático con responsabilidades de segundo o tercer orden.

rias (crónica local, historia clásica, análisis costumbrista, filosofía de la acción, etc.) y que los criterios empleados alternativamente en cada uno de los mismos difieren y en ocasiones incluso se contraponen.

Lo que, sin embargo y con toda probabilidad, debió irritar a la opinión moralizante, estamentos oficialistas y círculos doctrinarios de la época, habría de ser el tipo de tratamiento —humanista— que despliega y personifica nuestro autor en su variada obra (menormente, claro es, en los informes y directivas diplomáticas o en las relaciones de costumbres y caracterización de sociedades foráneas —Francia y Alemania—, que en los trabajos directamente políticos, de política de la época —*El Príncipe*—, o de política histórica —discursos sobre la primera década de Tito Livio—): en primer término, al fundamentar el comportamiento humano en una cruda visión de su propia naturaleza, centrada en la ambición y la lucha por el poder o el prestigio; en segundo, al poner al descubierto el comportamiento real y necesario del «hombre de Estado» con miras a la conquista del poder y su mantenimiento (9). En definitiva, y a modo de resumen, lo que vino a alterar la conciencia social establecida fue el hecho de que Maquiavelo, centrando su punto de mira en el curso real de la acción —sentido subjetivo y motivación ancladas en lo «natural»— despojara al acto político del carácter arrogante y sobrenatural que lo religioso le había dado.

Este enfoque radicalmente secularizador se compagina bien con la concepción pagana del acontecimiento político que Maquiavelo resucita; la que empuja a que varíen las circunstancias, la que ostenta la responsabilidad de lo accidental y la causante, en consecuencia, de toda incertidumbre no es otra que la veleidosa Fortuna. Con lo que pone en tela de juicio el carácter apacible y tranquilizador que al discurrir histórico la opinión providencialista había concedido durante muchos siglos (10).

En realidad, lo religioso, para Maquiavelo, es un tema adyacente, secundario; por eso lo trata con parquedad, casi siempre desde el punto de vista de la primacía de lo político, supeditándolo con relación al poder y su incontrovertible superioridad. Y la religión termina siendo poco más que un *instrumentum regni* y un índice de la salud en el respeto hacia la autoridad

(9) Ahí reside su unidad. Como lo definía D. CANTIMORI en su estudio preliminar a las *Opere Politiche*, Maquiavelo había de ser poeta, historiador, dramaturgo... «sed semper politicus» (Milán, 1976).

(10) Como crisis cultural típicamente renacentista, su radio de influencia quedaba prácticamente limitado a la élite social; pero con el paso del tiempo se propalarían a todo el orbe cristiano; muestra sobresaliente de las tensiones creadas será el furibundo ataque del jesuita RIBADENEIRA (*Tratado de la Religión y Virtudes*, 1595).

y en el mantenimiento del orden, sin connotación alguna con categorías como la Verdad o la importancia ética de sus valores intrínsecos (11).

Siguiendo un *continuum* escuetamente cronológico, acertamos a dar con la más divulgada de las interpretaciones globales, la nacionalista (12). Resultó ser ésta la que tendría mayor predicamento en una cierta etapa del discurso político, el siglo XIX, por el auge del que dispuso el nacionalismo en cuanto movimiento socio-político y la impronta expansiva dejada por la teoría de las nacionalidades. Como era de suponer, la lógica particular de tal valoración llevaría a que gozara de un favor especialísimo entre los italianos (13).

Para los propagadores de tal versión, Maquiavelo habría sido, cuando menos, un anticipador de la unidad nacional; cuando más, el primero y más preclaro adalid de la formación de una nación-estado.

La rapidez con la que se implantaría esta opinión no ha dejado de ser sintomática; si cada época tiene sus mitos, también en el terreno político, no se ve por qué la nuestra iba a ser menos, a pesar de sus incoherencias civilizadoras y su tono racionalizador. Y el mito-rey en estos dos últimos siglos ha sido, y lo es aún, el de la Nación-Estado.

En ese sentido, no puede sorprender la vehemencia con que, a veces, es recogida y auspiciada esta tesis en el caso de Maquiavelo, sino la facilidad con la que se ha enseñoreado, en lo que se refiere a la interpretación, del pensamiento político y de la enseñanza. Quizá tal desviación se deba a resultar sencillo el acudir a tal esquema para solventar las propias deficiencias y lagunas en la información puntual y directa de las fuentes; mas del mismo es un tanto complicado el liberarse por la inconcreción en que la ambigüedad terminológica y las deformaciones que impone la distancia temporal han terminado por sumir lo más atrayente del pensamiento maquiavélico: su posible significado histórico.

Naturalmente que el problema tiene fundamentos mucho más hondos de los perceptibles a primera vista. Pues las ideologías etnocentristas que han

(11) Véase más adelante el papel reservado a la Iglesia y la religión. Lo cual constituye, de hecho, otro posible motivo (en este caso negativo) del prevalecer de la versión religiosa en el enjuiciamiento de Maquiavelo. Su permanencia, por otra parte, revela la constante presión que de diversos modos la Iglesia ha ejercido sobre los poderes gubernamentales. Igualmente, alguna explicación de carácter histórico ha de tener la persistencia de la popularidad para el calificativo «maquiavélico» como referente de artes ocultas, procedimientos sinuosos e intenciones inconfesables, que peyorativamente se endosan a la acción política en la imaginería política popular.

(12) Entiéndase bien que no son excluyentes unas con otras.

(13) Así, P. VILLARI (*Life and Times of Niccolo Machiavelli*, 1878).

prevalcido contra viento y marea en las escuelas y universidades consideraron, como norma general, que el advenimiento del Estado-Nación era un hecho en pleno siglo xvi. Y si el Estado resultaba un dato incuestionable, el segundo elemento de la fórmula distaba de manera enorme de su nacimiento político.

Admitase a título de experimentación la hipótesis de Maquiavelo-intérprete de la nación; supondría el aceptar que se habría anticipado en varios siglos a la evolución cultural y política por la que pasarían ciertas sociedades —un verdadero caso de premonición política, rozando casi la videncia; lo cual puede ocurrir, *puo darsi*—. Pero hay valoraciones mucho más pragmáticas, razonables, ajustadas a los textos. Son aquellas que mantienen la proximidad al entorno local en las apelaciones patrióticas, el alcance ambiguo de gran parte de las manifestaciones tenidas por científicas, el tono llamativo de distanciamiento, respecto a los asuntos políticos, que predomina en sus escritos —lo cual resultaba plenamente innovador.

El sustento principal en el que se apoya la opinión pro-nacionalista es la llamada final hecha en *El Príncipe* a la unidad italiana. Tal invocación sirve de hilo conductor a la hora de interpretar las innumerables referencias dispersas acerca de los males que traen la dominación e intervencionismo foráneos. Base más que suficiente para sedimentar el equívoco fundamental de la historiografía orientada al asignar una «finalidad última»: el proporcionar la premisa legitimadora necesaria para la defensa, con planteamientos patrióticos, de un pensamiento en tantos aspectos revulsivo de los convencionalismos de la época.

Lógicamente, atribuir a Maquiavelo una intención conforme a patrones inspirados en el curso real de la evolución histórica posterior no deja de ser una extrapolación de escaso fundamento. De hecho, el contraste entre el tono mesurado y realista de la mayor parte de la obra y aquella llamada final, con dimensión «histórica», es realmente sorprendente (14).

Simultáneamente a esta interpretación mayoritaria (15), se abre paso otra más acorde con el perfil general del Maquiavelo no sometido al prisma

(14) A pesar de lo cual, es destacable el que se produjera: «Quand'anche le mie ricerche dovessero far apparire l'opera del Machiavelli meno originale di quanto fin qui ritenerasi, resterebbe sempre intatta la figura del grande patriotta, che concepì il magnanimo pensiero di rendere unita e indipendente l'Italia in tempi nei quali era una chimera il principio de nazionalità» (C. TRIANTAFALLIS: *Nuovi Studi su N. Machiavelli «Il Principe»*, Venecia, 1878, pág. 25).

(15) Ya en 1794 B. BALDELLI escribiría que nuestro personaje había sino nada más y nada menos que el «padre de la moderna historia italiana» (*Elogio su N. M.*, Londres, pág. 39).

exclusivo de *El Príncipe*; aquel preocupado con las formas históricas que había manifestado la dominación política, el lector y admirador de los relatos y estudios que podrían haber hecho más inteligible su época.

Pero termina por ser curioso que en esa vuelta hacia el pasado fuera tan marcadamente selectivo: con exclusión de la Roma clásica, son escasísimos los lugares a los que dirige su atención. ¿Por qué razones olvida o margina otras épocas y otras experiencias, quizá no tan cercanas mental y espiritualmente, pero sí de igual modo aleccionadoras? Pues la pretensión soterrada que se dibuja tras el análisis de tiempos pretéritos no es, contra lo que han venido afirmando algunos autores, la de deducir una serie de conclusiones y ejemplos a los que adaptarse, sino la más sencilla y permanente de entresacar viejas lecciones del comportamiento humano observado en circunstancias diversas, afirmar la básica continuidad de modos de acción y motivaciones humanas, y dar cabida, en su construcción de literatura política, a un fondo de erudición que servirá de plataforma, ya que no de fundamento, a su filosofía y recomendaciones prácticas.

Es este punto del discurso historicista, afirmativo respecto a la validez intemporal del pensamiento maquiavélico, el que conviene subrayar; pues una filosofía que sostiene argumentalmente la presencia de ciertas causaciones, ayudada tal vez en su sesgo interpretativo por la presencia de un pesimismo antropológico de corte enfático, ha llevado ocasionalmente a mantener la peregrina tesis de que Maquiavelo era un firme creyente en la recurrencia histórica, o, en otras palabras, en la pura y simple repetición cíclica del acontecer humano.

Y ello implica desenfocar abiertamente la realidad. Maquiavelo no tiene motivos para creer en una Italia realojable en un nuevo molde clásico, no puede entender la historia de sus días bajo el espectro de la República —y menos bajo el del Imperio— pues sus circunstancias no podrían ser juzgadas, sin imprudencia, ni como remotamente similares a las de aquella época. Y en verdad, su aproximación al pasado tiene casi siempre otro destino explícito, el de intentar la comprensibilidad de lo que él considera «naturaleza humana», y nunca la repetición mecánica o inducida del suceder histórico (16).

(16) Sólo en términos de comprensión analógica, aparte de otros puramente personales, puede asumirse el interés de Maquiavelo en el examen de la historia: «Whoever considers things present and things past will easily understand how the same appetites and humours are and always have been incident to all sates and people, so that by diligently examining the course of former ages it is an easy matter for men to foresee what is going to happen in any commonwealth, and not only to provide such remedies against future evils as their predecessors did, but (if there be no precedent)

Está, en consecuencia, fuera de lugar el atribuirle una voluntad de lucha o siquiera de denuncia, a partir de los estudios de carácter histórico por él realizados, respecto a determinados regímenes políticos o a (determinados) peligros públicos. ¿Por qué? Por el obvio hecho de que las referencias actualizadas sobre lo histórico y las enseñanzas que se atreve a extraer de ello no coinciden; y más que esto: tampoco podrían reducirse al plano de las preferencias personales sin elecciones someras e injustificadas; ¿cómo podría compaginarse la exigencia implícita de la necesidad de un hombre fuerte en *El Príncipe*, frente a la defensa tenaz del espíritu republicano y de un régimen mixto en sus *Discursos sobre la primera década de Tito Livio?*; ¿cómo el generalmente supuesto inspirador de una Monarquía absoluta se echa en brazos, muy poco más tarde, del conservadurismo y la moderación encarnados por un sistema compuesto de instituciones de diferente naturaleza en situación respectiva de contrapeso? (17).

De la parcialidad consistente en señalar un criterio nucleador de carácter subjetivo pueden partir gran número de malinterpretaciones que desenfocan y ejemplarizan gratuitamente a un pensador, tan abigarrado y complejo como la vida misma (18).

Así que, tomando en cada caso lo que realmente vale, habría que considerar a Maquiavelo historiador como un laborioso aficionado lleno de pasión por el estudio de aquellos tiempos, hacia los que idealmente se volvía a mirar la mayor parte de la sociedad culta del Renacimiento italiano; quizá por un sentimiento de rechazo hacia esas mismas clases, las cuales, repletas de artistas y eruditos, desconocían las virtudes públicas y privadas que hacen

to strike out new ones on the basis of the existing analogies. But since considerations of this kind are too often neglected or little understood, or are beyond the knowledge of those men who govern states, it comes to pass that the same evils and inconveniences take place in all ages of history» (*Discourses*, I, pág. 39, cit. por H. BUTTERFIELD: *The Statecraft of Machiavelli*, Londres, 1940). Habría, si se apurase la relación, un engranaje cíclico puramente elemental: la sucesión del orden y el desorden (*Historias florentinas*) o la «degeneración» —calcada de textos antiguos— de unos regímenes en su negación (monarquía vs. tiranía; democracia vs. demagogia; etc.).

(17) El mejor régimen (planteado en términos ideales) habría de conseguirse mediante la combinación de la clásica tríada aristotélica, pero en clave «romanizada»: Consulado + Senado + Pueblo («porque en una constitución donde coexistan la monarquía, la aristocracia y la democracia, cada uno de estos poderes vigila y contrarresta los abusos de los otros»; «Discursos sobre la primera década...», en *Obras Políticas*, Madrid, 1895, págs. 15-16). ¡Curiosa concepción del equilibrio de poderes!

(18) En todo caso, esta tarea se presenta un tanto árida, cuando no imposible, si se pretende señalarlo con base documental. Así lo admiten dos grandes intérpretes de la obra de Maquiavelo, R. KOENIG (*Machiavelli*, Zurich, 1941) y E. CASSIRER (*El mito del Estado*, México, ed. 1974).

a una colectividad digna en términos históricos; tal vez por haber apreciado la similitud relativa entre épocas de turbulencia social y política; seguramente por la enorme fuente de conocimientos que sobre la estabilidad o permanencia de las pasiones del hombre había de poner a su alcance el examen minucioso de la paz y la guerra, junto al de las formas de gobierno —al igual que lo hiciera con Polibio y Aristóteles en otros períodos: «Escuché que se decía que la historia es la maestra de nuestras acciones, y especialmente de la política de los príncipes; y el mundo estuvo siempre inclinado hacia lo mismo, habitado como está por hombres que en todas las épocas tienen las mismas pasiones. Siempre hubo hombres que sirvieron y otros que mandaron, unos que obedecieron alegremente y otros a la fuerza...» (19).

Tal vez el cabal entendimiento de la naturaleza de las cosas humanas convirtiera la Antigüedad clásica en aquel bálsamo espiritual que la reflexiva y distanciada mente de Maquiavelo requería ante los sinsabores y escaseces que la sociedad florentina le había venido ofreciendo.

La última y más razonable de las principales interpretaciones es la concerniente al valor intrínseco que, desde una perspectiva politológica, tendría el pensamiento maquiavélico. Las de visión más ambiciosa lo consideran algo así como el iniciador de la ciencia política; los menos, como un muy encomiable narrador del entramado de moral social y de las condiciones sociopolíticas de aquello que llamamos poder político por excelencia, el poder.

Y, en efecto, algo hay de lo uno y de lo otro. Por tres motivos.

En primer lugar, al construir *El Príncipe* a partir de la observación de hechos, acontecimientos y sucesos, lejano en su lineamiento esencial de toda visión apriorística o finalista, Maquiavelo establece un corte radical en la aproximación habitual al fenómeno político. Al elaborar lo que eufemísticamente podría ser denominado un «manual» para el comportamiento político de príncipes y otros sujetos gobernantes en orden a la conquista y mantenimiento de territorios y del poder, lo está haciendo, en la práctica, conforme a los dictados de la experiencia, sin apelar a grandes principios ni desarrollar cualquier clase de explicación trascendente. El se limita, en ocasiones con naturalidad asombrosa, conmovedora y desarmante, a describir algunas de las operaciones esenciales o modos de actuar que el político con *potenza* ha de practicar si quiere obtener éxitos.

Esta actitud desapegada, que a veces ha sido juzgada como «fría» y pura-

(19) N. MACHIAVELLI: *Method of dealing with the rebels of the Val de Chiana*, cit. por H. BUTTERFIELD: *ob. cit.*, pág. 36.

mente técnica (20), permite interpretaciones un tanto divergentes, al llevar en sí mismos los conceptos empleados, y de manera inevitable, una carga importante de ambigüedad por la polisemia intrínseca al lenguaje político —acentuada para aquella época—. De ahí nacerá igual la creencia de un Maquiavelo defensor de la tiranía y de las formas autoritarias (Bodino), como la totalmente contraria, abanderado de la libertad de los pueblos (en su vertiente interna o «nacional»: Morelli) (21). Con la salvedad de que, desde luego, no lo hace al modo del político oportunista que persigue esconder su pensamiento y el curso práctico de su acción tras el fárrago más o menos abstracto, vago y confuso, de un discurso ininteligible.

En segundo lugar, y también desde la óptica de *El Príncipe*, Maquiavelo acaba por desvelar la especificidad de lo político. Pareciera en determinados momentos un animal de presa olfateando el rastro incierto de algo que brota, de algo que renueva la vida política. Con una conciencia poco clara respecto a su alcance y significado, refleja la convicción de que los modos de «hacer política» exigen sus propias reglas de juego y un específico contexto institucional en el que desenvolverse —a los que ha de acogerse cualquier acción con sentido de futuro.

Y ese sujeto que surge no podía ser otro que el mismo Estado, ente dotado de naturaleza peculiar, por constituirse en instrumento de dominación en manos de un Príncipe que lo va a personificar; enaltecido político al que Maquiavelo describe con toda naturalidad, rememorando la tradición clásica (tan opuesta a la trágica cristianizada) (22). Sujeto que inmediatamente va a ofrecer su específica razón de ser: su evolución irá, a partir de tal período y siempre que logre asentarse, ligada de modo estrecho a la dinámica y límites de un poder político que empezaba a conformar una realidad sociohistórica de nuevo cuño, el Estado-Nación.

Realidad diferenciada que se organiza con lentitud, con unas u otras legitimaciones, con mayor o menor dificultad y variable amplitud. Autonomía que Maquiavelo mantendrá implícita o explícitamente y que supone la detección de aquello que Hegel contemplaría como deber supremo de tal ente, el de mantenerse y perpetuarse —primera «razón de Estado»—. Lógica im-

(20) E. CASSIRER: *ob. cit.*

(21) J. BODINO: *Los seis libros de la República*, prefacio, pág. 9, Caracas. P. MORELLI: *ob. cit.*, pág. 8. El broche de ambas será la simbiótica síntesis de ROUSSEAU: «En faignant de donner des leçons aux rois, Machiavel en donne de grandes aux peuples» (cit. por G. MOUNIN en *ob. cit.*, pág. 149).

(22) Cfr. F. MEINECKE: *Machiavellism: The Doctrine of Raison d'Etat and its Place in Modern History*, Yale Univ. Press, 1957.

placable que más tarde irá cambiando dentro de la dialéctica sociedad-Estado.

Por último, el enfoque filosófico adoptado está desprovisto de carga dramática y domina en él con frecuencia un tono de cierto escepticismo, una sensación de espíritu relativista. Maquiavelo contempla el mundo muy a ras de tierra y manifiesta su circunstancia con abundante prolijidad. Ya sabemos que los hombres se hallan movidos por deseos y pasiones (*Discursos...*), pero es que, además, su horizonte suele ser limitado y obtuso; sus motivaciones, la mayor parte de las veces, sórdidas y carentes de todo altruismo. La ambición, la envidia, el ansia de venganza, la angustia debida a inseguridad, el afán de rapiña, etc., se vienen repitiendo, de manera discontinua y variada según la obra concreta, como un *ritornello* que apunta siempre hacia una visión descarnada, hacia un realismo escueto, sin ilusiones.

Al descubrir *in nuce* este conjunto de creencias, Maquiavelo nos ayuda a comprender los fundamentos elementales de la lucha en y por el poder, nos orienta hacia la realidad última cuyo protagonista tiene especial interés en ocultar, nos apunta hacia la confirmación de la existencia de un comportamiento inscrito en el código genético del hombre, que presenta toda la traza de persistir en sus mil maneras y circunstancias.

Conocemos que la iluminación naturalista (23) que imprime a lo político no suponía necesariamente el desinterés o la falta de implicación en la esfera pública; la actitud indiferente es lo más alejado de la realidad que se podría pensar de la reflexión desapasionada de Maquiavelo: «el príncipe tiene la significación que corresponde a todos aquellos autores que han puesto en cuestión, no con espíritu egoísta o desde la indiferencia, sino con una convicción razonada, los códigos de moralidad comúnmente aceptados» (24). Y cómo olvidar la crítica que Maquiavelo hace de Dante por la ausencia de patriotismo en éste, a pesar de toda su excelencia literaria (25).

Y al conjugar el «compromiso» de una opción personal profesionalizada con el análisis sereno e impávido de lo político, se abrirá un ancho camino para concebir libremente la acción humana, en cuya cima queda situada la política.

(23) Con ventaja moral para el animal: «Un cerdo no atormenta a otro cerdo, un ciervo deja en paz a su igual; sólo el hombre masacra al hombre, sólo él le crucifica y despoja» (N. M.: *Oeuvres Complètes*, «L'Ane d'Or», París, 1952, pág. 80).

(24) L. A. BURD: pref. de *Il Principe*, Oxford, 1891, pág. XIV.

(25) «Discours ou plutôt dialogue dans lequel on examine si la langue dans laquelle ont écrit Dante, Boccaccio et Pétrarque doit s'appeller italienne, toscane ou florentine», *Oeuvres Complètes*, págs. 169 y sigs.

LA EQUIVOCIDAD DEL DISCURRIR MAQUIAVELICO

Hoy resulta bien posible el intentar explicar las causas de las múltiples interpretaciones a las que han venido dando pie algunos escasos y dispersos escritos políticos. Comprender cómo lo asistemático del objeto, la carencia de método —difícilmente único, en todo caso— y el ámbito extracientífico provocaron el nacimiento de una de las más sugestivas y valiosas obras del pensamiento político. Justificar por qué se pudo ver en el florentino, durante la época del absolutismo ilustrado, «una indicazione dell'ottimo principe», o que apareciera durante el Risorgimento como símbolo de la unidad nacional (26), o por qué todavía hoy se le sigue buscando una paternidad para la idea de la unidad europea.

Un motivo muy menor reside en la ductilidad contradictoria en que vemos expresarse la misma reflexión de Maquiavelo acerca de su obra; no sabemos con suficiente seguridad cuándo hay opiniones auténticas, y si realmente hay afición al doble sentido y al juego, si existe un exceso de orgullo al suponer que «nel corso del mio lavoro mi sono accordo che non c'era bisogno suporre ironie, rispetti umani, pensieri obliqui o secondi fini» (27), o sí, por el contrario, pudiera haber un defecto de espontaneidad en su enfática confesión del «nunca creo lo que digo, ni digo lo que creo» (28). Quizá sea un enigma insoluble.

El más contorneable fundamento, sin embargo, se ciñe a una manifiesta simultaneidad de significados, los cuales van recorriendo los sucesivos parajes de su creación; las abundantes imprecisiones en el uso de términos como patria, nación o estado tienen con seguridad un sustrato en las escaseces dialécticas del medio cultural, que reflejaban el confucionismo cierto capaz de explicar los porqués de que las grandes hipótesis manejadas carecieran de sentido (29). Aun contabilizando sus aproximaciones al terreno científico, *El Príncipe* se nos revela conforme a un genérico carácter prescriptivo, acorde con sus fluctuaciones terminológicas.

(26) Véase C. CURZIO: *Machiavelli nel Risorgimento*, Milán, 1953, págs. 100 y siguientes.

(27) Cit. por F. ALDERISIO en *Machiavelli. L'Arte dello Stato nell'azione e negli scritti*, Turín, 1930, pág. VIII.

(28) Tomado de sus cartas por J. R. HALE, en *Machiavelli and the Renaissance*, Londres, 1961, pág. 5.

(29) Así reza la inscripción existente en el lugar de su nacimiento y muerte:

*A Niccolo Machiavelli
dell'unità nazionale
Precorritore audace e indovino...*

Otro de los evidentes fundamentos de la ambigüedad es el de que Maquiavelo se sitúa al margen de, e inclusive enfrentado a, las teorías dominantes de filosofía social y política que contemplaban al poder como emanación de una voluntad divina más o menos reconducida por medio de la sociedad, legitimándolo a partir de un supuesto de pacto social tácito. En *El Príncipe* no hay nada que permita adherirse a tal tesis —otra cuestión sería el amplio requisito de tener que gozar de un cierto respaldo consensuado, en el sentido actual de opinión pública— y, contrariamente a la creencia formal más común, su postura consiste en enunciar las premisas del poder para explicar el poder (dentro de cuya órbita se intuye el nacimiento del Estado moderno). Característica que autoriza a mantener la dudosa ubicuidad de su concepción de la relación de poder, y hace más fácil el comprender la abundancia de vocablos políticos.

Pero acerquémonos al más importante. La inconcreción del lenguaje responde sobre todo a la nula especificidad de los significados; en la actualidad, gracias fundamentalmente a H. de Vries, conocemos la pluralidad de registros en la que actúa Maquiavelo, pluralidad que abarca casi en su totalidad el conjunto de sus formulaciones políticas.

Empezando por el para nosotros anodino término de «poder». Este no es entendido en ningún caso según el referente constitucionalista, como articulación equilibrada de un conjunto de órganos detentando un poder soberano, sino en el ya corriente de capacidad de un sujeto empírico para determinar la conducta de otro sujeto aun en contra de la resistencia de éste. Tan resaltado hallamos el elemento de fuerza o coacción, que para describirlo es usado el símil de la impetuosidad de un río engrandecido y desatado. Poder es, en consecuencia, la posibilidad real de vencer y de hacer acatar al oponente, por tanto, la propia voluntad. Y lo es la estricta posibilidad, es decir, la virtual capacidad de obligar a comportarse de un modo preciso, y no sólo la acción en que aquélla pudiera resolverse. Tampoco es que desconozca la categoría del poder en cuanto competencia establecida de manera normativa para una institución o un órgano político —entonces será denominada *autorità*, en contraposición a la *riputazione*, la cual significaría con exactitud lo que más modernamente se ha entendido por autoridad moral y su corolario, el prestigio.

Pues bien, el poder maquiavélico, la *potenzia*, lo que constituye fuerza pura y original, se encuentra naturalmente ligado a períodos creadores, los que permiten levantar realidades políticas nuevas. De ahí su conexión con el término «imperio», al ser concebido éste, la menor parte de las ocasiones, como «ejercicio continuado de una *autorità* basada en un poder —*poten-*

zia— efectivo» (30) que tiende a hacerse absoluto en una esfera territorial dada (en el sentido de ser completo, de no admitir otro «polo» alternativo), y la mayor parte —cinco veces sobre siete en *El Príncipe*— como situación de poder posterior a un conflicto armado y alcanzada merced a éste; es decir, cuando no ha existido sucesión regular y se rompe la continuidad de la estructura política, pasando a formarse una entidad nueva (con el ejemplo añadido de Fernando de Aragón).

La modernidad de la concepción de *poder* contrasta con la ambigüedad reinante en las correspondientes a «nación», «patria» y «estado».

Si hasta Maquiavelo con la palabra «nación» se había significado tanto el lugar de nacimiento como la lengua nativa, e incluso una entidad con cierto tono civilizado frente a la hipotética barbarie encarnada por el extranjero, con su aportación su comprensividad queda ampliada al factor «costumbres». Como se ve, distintos componentes de lo que para la moderna teoría de las nacionalidades conformará el ente «nación», pero sin apuntamiento alguno de la condición indispensable consistente en la existencia de una población que ha adquirido una conciencia diferenciada y dispone de un proyecto político para realizar. De similar modo, la referencia al territorio que pudiera estar contenida en la mención a la «civilidad» parece quedar fuera de toda relación con el poder como organización controlando una determinada extensión territorial.

Y si pasamos al de patria, observaremos idéntica proliferación de sentidos y aproximadamente igual mezcla de motivos locales, nacionales e «internacionales». A continuación de lecturas pausadas, no se sabe muy bien si se refiere solamente a la «chica», Florencia, si a veces es ampliada a la Toscana, o si realmente se pretende aludir a toda Italia; lo más probable, coincidiendo con lo ya dicho sobre el carácter «nacional» del pensamiento de Maquiavelo, es que, exceptuadas las oportunidades en las que usa este vocablo para señalar la comunidad de cultura superviviente de la Antigüedad, se decantara generalmente por el restringido sentido localista de su ciudad natal. Así cuando se dedica a relatar las virtudes y defectos de sus moradores o la necesidad de la defensa armada de la misma a través de milicias populares (*Discursos...*).

El sentido territorialista que se percibía ausente de la concepción de «nación» asoma, sin embargo, en la de «estado», único anclaje de modernidad en su acepción del mismo («los príncipes han estado acostumbrados a construir fortalezas con el fin de poder mantener con mayor seguridad su

(30) H. DE VRIES: *Essaie sur la Terminologie Constitutionnelle chez Machiavel*, Amsterdam, 1957, págs. 25 y sigs.

estado») (31). Y otras acepciones de contenido político para el referido término son: 1. conjunto de personas con capacidad decisoria central —identificable a gobierno—; 2. conjunto de personas adscritas a la utilización de medios públicos —cercana a la idea de personal administrativo—. En cualquier caso, no es ninguna de ellas la habitualmente utilizada, sino otra de raigambre sociológica: estado de preeminencia social, categoría o condición socialmente relevante.

En esta forma de ver el Estado hay una distorsión apreciable respecto al carácter institucional e instrumental que hoy tiene. La variabilidad de sus expectativas en cuanto organización, y en particular la profundidad de la tarea que, en un principio le estaba objetivamente atribuida, podía haber ayudado a reflexionar acerca del carácter inevitable de una serie de desplazamientos en la estructura política italiana. Esta, que se encontraba dividida en exceso, con varios «Estados» de muy escasa fortaleza —aun teniendo la suficiente para impedirse el predominio de cualquiera—, ofrecía campo abonadísimo para la perdurabilidad de una corriente de pesimismo histórico. La conservación en la memoria colectiva de las reminiscencias de haber gozado de tiempos gloriosos no tenía por qué perpetuar el abandono o la renuncia de la energía o la voluntad necesarias para una nueva construcción.

Seguramente la compleja personalidad de Maquiavelo resume por sí misma esta fatal situación: la del revivir en explosión incontenible de la vida social y artística unido a un imposible nacimiento del ser político capaz de culminar y virtualizar tal potencialidad. Ocasión histórica que quedará desaprovechada y frustrada. Maquiavelo parece resentir este cruzamiento y, sin conciencia definida de lo que germina, expresa el deseo y el proyecto de un principado unitario que salve del caos y de armonía al conjunto de Italia. Y en la dialéctica que de modo espontáneo se forma entre lo real y lo deseado —que se aproxima a lo posible— se establece una dinámica compensatoria: en la medida que su percepción de lo asfixiante de las divisiones y luchas intestinas se acentúa, la apelación a un hombre fuerte, a una voluntad implacable, se convierte en más premiosa (32).

Tal vez por este conducto, Maquiavelo nos haya brindado una de sus mejores aportaciones, una filosofía de la acción del hombre público, del político que alcanza a tutearse con la Historia.

(31) Que también se le dio en el siglo XVIII. Véase P. VILAR: *Hidalgos, amotinados y guerrilleros*, Barcelona, 1982. Véase asimismo O. CONDORELLI: *Per la Storia del Nome Stato*, Archivio Giuridico «Filippo Serafini», 4.ª serie, vol. 5, págs. 223-235, Roma, 1923.

(32) Este será el motivo fundamental apelado durante la época del fascismo para reivindicar la imagen de Maquiavelo. Véase F. J. CONDE: *El saber político en Maquiavelo*, Madrid, 1948.

FILOSOFIA DEL ACTO POLITICO

En último término, la aportación más sugestiva que finalmente expone Maquiavelo está en una original forma de concebir la acción política partiendo de la esencialización de la acción humana en general. Florece en todo momento la creencia en que dentro de la misma no hay nada mágico o misterioso, pues responde a causas y motivaciones tan naturales como los que surgen de la «verdad efectiva de las cosas»; lo natural es la base, el cauce al que es preciso adaptarse («para ser feliz hay que proceder según la voluntad de la Naturaleza», *Discursos...*).

Ese cimiento, esa «naturaleza», resulta ser arcilla infinitamente moldeable que permite diferenciar los diversos actos con idénticos elementos (deseos y pasiones) por su relación con finalidades de poder (33).

¿Hay algún sentido político en el comportamiento humano? Sí, y ciertamente negativo: «los hombres hacen el bien por la fuerza; cuando gozan de medios y libertad para ejecutar el mal, todo lo llenan de confusión y desorden»; y más crudamente: «los hombres son ingratos, volubles, dados al fingimiento, aficionados a esquivar peligros y codiciosos de ganancias... Los hombres temen menos ofender a quien se hace amar que al que inspira temor» (*El Príncipe*). Esta crítica desgarrada, esta desconfianza sin límites, llevan a pensar que, a la manera de Hobbes, Maquiavelo atisba un poder que no es más que una pura relación de fuerza.

Mas tal juicio sería apresurado. Aquí el criterio inicial usado es llanamente el de que el político necesita reunir una buena dosis de sentido común para conocer el desarrollo espontáneo de las ambiciones, las formas habituales de comportamiento, los modos hábiles de resolución de conflictos, es decir, el «orden natural de las cosas», o en palabra del florentino, lo «necesario» —la *necessità*.

Pues bien, este gran «cuenco» que forma lo objetivado es la primera de las paredes en la construcción piramidal que alza Maquiavelo. La firmeza y seguridad que «la fuerza de las cosas» conlleva se ve compensado, contrarrestado e incluso trastornado por la aparición de lo aleatorio, por la llegada súbita del azar.

Para designar este nuevo elemento, Maquiavelo recurre al término clásico de Fortuna. Pero la comprende mucho más poderosa de lo esperado;

(33) Por eso CH. BENOIST (*Le Machiavelisme*, 3 tomos, París, 1907-1936) escribe: «son essence et son fond ne sont autres que l'essence des choses et le fond de l'homme» (libro I, pág. 6).

ella hace modificar las circunstancias, ayuda a que cualquier fenómeno, natural o social, resulte incontrolable, aporta lo imprevisible, lo inesperado; es todo aquello que volverá difícil, si no imposible, la fijación de los «datos» con los que opera el político. Es el factor principalísimo para entender la razón y la sinrazón de la variabilidad de las situaciones, el porqué hay un imponderable inmerso en la misma naturaleza de lo histórico.

Naturalmente, esta concepción descalifica cualquier interpretación que implique una mentalidad cíclica en el modo de enfocar lo «redundante» y «ejemplarizador» del comportamiento humano pasado. La centralidad e importancia de la Fortuna es tal («creo que de la Fortuna depende la mitad de nuestras acciones, pero que nos deja dirigir la otra mitad o algo menos» *El Príncipe*) que el político fracasará irremisiblemente si no sabe uncirse al carro de la oportunidad, si carece de la capacidad de adaptación exigida por el momento (35).

No hay duda posible: el buen político nunca se situará frente a la Fortuna; si élla le esquiva o no se le aparece, será preferible contornearla y esperarla pacientemente; situarse en los márgenes de la indiferencia o de la adversidad es signo de buen futuro.

Y en cuanto a su identidad imaginaria, Maquiavelo, tal vez apurado por la dificultad de su explicitación, y heredero de una cultura latina milenaria, invoca la figura de la mujer y de lo femenino en general (*la Fortuna è donna*) para poder hacerse comprender; así, variando constantemente, la Fortuna acentúa el carácter voluble de lo humano, tiene a los hombres «bajo su yugo» (36); por eso, normalmente será preciso adaptarse, si uno la quiere dominar, o, en otras circunstancias, habrá que «batirla», es decir, vencerla por la fuerza, «poseerla».

Maquiavelo ha de entender que el hombre virtuoso por excelencia, el político creador, es el que alcanza la sabiduría de atraerse y desposar a la Fortuna, porque sin ella nada de auténtico valor —dirige la mitad «o algo más»— le va a ser posible. Y llegando a su primigenia raíz campesina, re-

(34) Tal es el calificativo que le da L. A. AROCENA en *El maquiavelismo de Maquiavelo*, Madrid, 1975.

(35) Cualquiera estaría justificado a pensar que está defendiendo un tipo de activismo político instalado en el ejercicio del oportunismo; y nada más lejano a la realidad, pues al ser religado a otro elemento, la «virtú», el acoplamiento con la circunstancia pasa a ser simplemente un requisito para la acción de éxito. En símil deportivo, para sostenerse en la ola el político debe disponer no sólo de circunstancias favorables, sino conocer la fuerza profunda que empuja aquélla, calcular su duración, haber sopesado los medios a su alcance y, tal vez especialmente, tener un proyecto.

(36) Carta a P. SODERINI: *ob. cit.*, pág. 229.

«crea para el entendimiento del mundo político naciente la imagen mítica de la creación (37); ella ayuda a que los mismos métodos en tiempos o ambientes distintos causen efectos dispares o iguales: «L'uno con la crudeltà, perfidia e irreligione mantenne i suoi exertiti uniti in Italia, et fecesi ammirare da popoli, che per seguirlo si ribellavano da'Romani; l'altro, con la pietà, fede et religione in Spagna, hebbe da qualli popoli il medesimo seguito» (38).

Tan importante como saber «seducir» a la Fortuna, es, por otra parte, poder adecuarse al tiempo que uno vive, si se pretende trascenderlo. Aquella no será benévola al príncipe si éste se opone a «la condición de los tiempos», pues los que se le oponen «viven infelizmente y sus actos tienen un éxito funesto» (*Discursos...*). Pero, atención, porque la existencia de una «condición» no supone un sentido previamente delimitado para los hechos, a los que tarde o temprano habría de plegarse el político. Por el contrario, se trata más bien de recordar aquella *necessità*, mezcla compleja de condiciones objetivas y de naturaleza de las cosas, de mencionar el marco general o cauce por el que discurre la acción histórica —cauce que ni predispone ni determina el curso de los acontecimientos.

Teniendo en cuenta lo cual, esto es, respetando el «espíritu de la época», todo viene a ser variable y huidizo. Las suertes del hombre dispuesto a la acción varían con las circunstancias: la Fortuna se metamorfosea y concreta en fortunas; el político con sentido de futuro, el que prevé la afirmación de uno de los posibles, es aquel que cambia de método conforme varía la fortuna en sus circunstancias. No hay nada parecido, de cerca o de lejos, al Destino en Maquiavelo. Hay conocimiento, valor, intrepidez, hay adecuación y oportunidad. En definitiva, una gran teoría de la acción política.

Porque este saber maridarse a la Fortuna es el correlato insustituible del valer del príncipe nuevo, la palpable demostración de la prolongación exterior de la «virtú». Esta es una cualidad que afecta a la personalidad completa de tal clase de políticos. Couzinet llega a definirla como «una mezcla de fuerza, astucia y talento» (39), lo que parece bastante certero, pues resultaba de la excepcional alquimia consistente en combinar energía y coraje con la

(37) Entiéndase que si se quiere enfocar competitivamente, y si se considera el ejercicio de la política actividad masculina, la percepción maquiavélica es más bien proclive a sostener la «superioridad» femenina: la Fortuna es por ella misma propicia o contraria a la acción y en último caso siempre es irreductible, cambiando inopinadamente de dirección.

(38) Carta cit. a SODERINI: *ob. cit.*, pág. 229.

(39) L. COUZINET: *Le Prince et la Théorie de l'Absolutisme*, Univ. de Toulouse, 1910.

percepción de las circunstancias propicias, todo ello apoyado en una voluntad de poder firme y resuelta (40).

Es conveniente recalcar que la historiografía anterior y actual ha sido muy parca a la hora de sopesar y situar el factor «conocimiento» en esta conjunción, al no asimilar que comprendía tanto la calidad técnica de las fuerzas propias y ajenas, o el de la naturaleza de la ocasión, como el más pragmático proporcionado por una larga experiencia; sin ella, la prudencia o la audacia que la discreción natural impone, convertiría la «energía viril» (41) en fuerza ciega dirigida al fracaso.

Tercer componente de la tríada (42), la virtud maquiavélica completa el cuadro interpretativo de la acción humana. Ampliable a otras esferas, esta conceptualización de la actividad política como producto de la lucha y la confluencia de dos elementos diversos e independientes entre sí que actúan sobre un fondo común de condiciones dadas, lleva en sí misma el sello de la genialidad. Por poderla o no suponer enmarcada en un mitigado voluntarismo —la «virtú» como domadora de la Fortuna (43)—, la descripción sintetizada de la misma refleja la versatilidad que le confiere el carácter proyectivo de una mente apegada a la realidad, e insatisfecha a un tiempo con ella.

LAS MAXIMAS DE ESTADO

Dentro del amplio número de consejos y observaciones que sobre el arte de ejercer la política desparrama Maquiavelo a lo largo y ancho de su obra, sobresalen ciertos temas, tanto por la frecuencia con la que se reitera como por la intensidad del tratamiento. Destaquemos dos de ellas.

Primeramente, la astucia y sus derivaciones. Siendo transmisor de la vieja tradición latina al respecto, Maquiavelo señala su implacable necesidad; al embajador le aconsejará que debe sobre todo afanarse por conquistar buena reputación... y «si muchas veces es necesario esconder con la palabra alguna cosa, es preciso hacerlo de modo que no aparezca, y que si aparece esté preparada y dispuesta la defensa» (44); al conspirador le advertirá de

(40) Nada que ver, por tanto, con el sentido tradicional del término virtud como cualidad moral-religiosa.

(41) H. DE VRIES: *ob. cit.*, pág. 23.

(42) Un análisis apreciable de esta teoría es el de G. USCATESCU: *Maquiavelo y la pasión del poder*, Madrid, 1969.

(43) F. BRUNO: *Romanita e Modernita del Pensiero di Machiavelli*, Milán, 1952, página 220.

(44) Breviario de un hombre de Estado, *Instrucciones a un embajador*, Madrid, 1928, pág. 66.

los peligros de confiar en más de una o dos personas, o del delatarse por el escrito; pero al que abruma a consejos será realmente al príncipe. Desde advertencias o consejos muy concretos sobre la manera de tener sometidos a los más directos colaboradores, con el objeto de mantener siempre sobre los mismos la adecuada «distancia mayestática», o la voluntad de recompensar y castigar cualquier prueba o signo de lealtad/traición, a las muchas consideraciones sobre las ofensas («los ultrajes que se pueden hacer a un hombre son en sus bienes, en su persona o en su honor. Respecto a lo segundo, es más expuesto amenazar que ejecutar la ofensa. Las amenazas son peligrosísimas y ningún peligro hay en realizar los ultrajes, porque los muertos no meditan venganza, y los que sobreviven casi siempre la dejan al cuidado del muerto») (45) y la venganza política —hay una auténtica aproximación empírica al complejo y tortuoso mundo de la conspiración.

Cabe incluir, en este punto, las valoraciones acerca de la religión y lo eclesiástico, pues independientemente del papel nefasto que atribuye al Papado en el entramado político italiano, defiende con cierta tenacidad lo útil que social e institucionalmente sería lo religioso. También en este apartado prevalece la óptica del poder y por ello se privilegia la Iglesia en cuanto cardenales, obispos, curia y abates, prestando nula atención al resto. Y por lo que atañe a su benéfica función social, Maquiavelo es terminante: «cuán útil era la religión para mandar los ejércitos, para reunir al pueblo, para mantener y alentar a los buenos y avergonzar a los malos», es decir, para sostener e incrementar la cohesión social («el indicio más seguro de la ruina de un Estado es ver despreciado en él el culto divino») (46); estando todo ello enjuiciado desde el punto de vista de la independencia el Estado o poder, pues éste no tiene ninguna tarea moral o religiosa que cumplir (47).

En segundo lugar, lo concerniente a la fuerza. La política connota siempre, según nuestro protagonista, una capacidad para la lucha, una fuerza que se convierte en el medio amoral —ajeno a la ética o la religión, pero no a otra moralidad, política» esta vez, consistente y definible en el servicio a la patria— para obtener el acceso y la consolidación del poder principesco. Y del poder «tout court»; recordando a Savonarola, escribiría que «todos los profetas armados han triunfado y fracasado todos los inermes». La fuerza es, así, uno de los pivotes insustituibles sobre los que descansa el dominio de los pueblos, y la famosa «virtú» del príncipe consistía en el sabio uso de la misma, tanto en lo político cuanto en lo militar. Solamente ella proporcio-

(45) *Discursos...*, ob. cit., pág. 288.

(46) *Discursos...*, ob. cit., págs. 45 y 48.

(47) C. SFORZA: *El pensamiento vivo de Maquiavelo*, Buenos Aires, 1946, pág. 80.

na la seguridad indispensable al buen gobierno; el enemigo debe ser sometido o destruido, las circunstancias aconsejarían la forma y el acto eficaces; y cara a los propios gobernados, nada peor que la inseguridad constante, ya que mueve a propiciar cualquier alteración que acabe con ella.

El poderoso ha de mantener constante vigilancia para que no se modifique la relación de poder sobre la que asienta su posición. En las recomendaciones dadas a los príncipes conquistadores situará en lugar avanzado la de cercenar toda posible objetivación de un poder alternativo, de diferente manera según sean las costumbres y la situación geoestratégica de los territorios nuevos. Pensador de una época en crisis, Maquiavelo detecta el surgimiento de fuerzas revolucionarias que han de cambiar, como les es natural, las relaciones basadas en convencionalismos y rutinas en la práctica obsoletas, posibilitando que la pura relación de fuerzas sea de nuevo el elemento concluyente, decisivo.

De entre las mismas, no cualquiera cuenta de igual modo en la balanza del poder. En sus *Discursos...* y en *El Príncipe*, Maquiavelo otorga atención preferente a los institutos armados. Desde una perspectiva semi-clásica, semi-moderna (48), conforme a la cual la organización inmejorable de defensa es la milicia local, argumenta en favor de que el único tipo de reclutamiento del que el príncipe podrá fiarse es aquel que tiene por objeto la población del territorio propio, rechazando, en todo caso, la leva de tropas mercenarias, por la volubilidad y la deslealtad que constituyen su forma de ser.

(48) Hay autores, como G. MOUNIN, que señalan el carácter escasamente innovador del escrito *El arte de la guerra*.